LA BOLSA DE PARIS.

Difícil de creer parecerá algun dia que París, gran capital y una de las ciudades en que el comercio es mas activo y floreciente, haya carecido hasta principios del presente siglo de un edificio destinado á la diaria reunion de los negociantes. Muchas ciudades de Francia tenian su Bolsa, y París estaba privada de ella. Hubiera podido creerse que se desconocia la importancia del comercio en el centro del reino, supuesto que nada se hacia por fomentarle.

La Bolsa, ó por mejor decir el punto de reunion diaria de los negociantes de París, estuvo por mucho tiempo reducido á un salon del Real Tesoro, de donde se trasladó á una de las salas del *Palais-Royal*. Napoleon, empero que deseaba que en su gran imperio cada cosa fuese dignamente representada, resolvió hacer levantar un magnífico monumento en que se hallasen reunidos el Tribunal de comercio y la Bolsa.

Confió el encargo de delinear el plan á Mr. Brongniart, hábil arquitecto, y el 24 de marzo de 1808, se colocó la primera piedra del suntuoso palacio que se vé á la cabeza de este artículo.

Construido en el sitio que ocupaba el antiguo convento de monjas de santo Tomás entre el Palais Royal y el *Boulevart*, ofrece un paralelógramo de 212 pies de largo, por 106 de ancho. Por sus cuatro costados presenta una magnífica columnata de orden corintio, elevada sobre un basamento. Este peristilo que circunvala todo el edificio forma una galería cubierta, á la que se penetra por una gradería que ocupa toda la longitud de la fachada.

El salon de la Bolsa ocupa todo el piso bajo, tiene 116 pies de largo por 76 de ancho, y puede contener mas de 3,000 personas. En el lado opuesto á la fachada estan las salas destinadas á la audiencia del tribunal de comercio; de forma que en el mismo sitio en que se contratan los negocios, residen los jueces que deben fallar sobre las diferencias que puedan suscitarse, y que deben obligar á todos al puntual cumplimiento de sus promesas. Idea es sin duda de moral la mas elevada; y sin embargo, con sentimiento lo decimos, la Bolsa de París es el sitio en que menos se encuentra la moral.

En vez de contratar negocios, de entablar relaciones, de verificar pagos, de limitarse á compras y ventas; en una palabra, en vez de limitarse á las transaciones puramente mercantiles, vense con dolor un gran número de gentes que solo se dirijen á la Bolsa á *jugar* sobre los fondos públicos, á poner sus capitales sobre la alza y la baja del modo que un jugador los pone sobre una carta en una de aquellas casas que la moral reprueba, y que suelen ser perseguidas por la autoridad.

Pero la Bolsa es en verdad un sitio mil veces mas peligroso que una casa de juego; porque en el juego no se puede perder mas que lo que se lleva en el bolsillo, mientras que en la Bolsa se juega sobre la palabra; es decir, que en un solo dia, y de un solo golpe puede perderse la fortuna, y lo que es mas, el honor. En la Bolsa es donde debe buscarse la causa de infinitas desgracias; desde ella algunos padres de familia han corrido á arrojarse al Sena, y aun en la misma Bolsa no ha mucho tiempo que un desdichado comerciante se suicidó.

Tal vez habrá muchos entre nuestros lectores que ignoren que cosa sea el espantoso juego que se ejecuta en la Bolsa de París, y que desgraciadamente se ha aclimatado tambien en la de Madrid: pocas palabras bastarán para

ponerlos al corriente. Diariamente se venden documentos de créditos contra el Estado: el precio de estos créditos varía como el de todas las mercancías segun la mayor ó menor concurrencia de compradores ó vendedores. Si las compras ó ventas se realizasen al contado, solo los capitalistas pudieran arruinarse, comprando en tiempo inoportuno y vendiendo con pérdida; pero se compran créditos bajo condicion de no recibir los títulos sino un mes ó dos despues, y si á la época señalada ha subido el precio de aquellos, la diferencia de uno á otro precio constituye la pérdida que es preciso pagar. Estas ventas ficticias no son sino una apuesta disfrazada; y lo que sucede es que apuestan al igual ó al duplo, y que de pérdida en pérdida llegan á arruinarse.

Al sonar la campana de las dos, comienza este movimiento producido por una inmensa multitud de asistentes, comerciantes, estranjeros, desocupados y curiosos.

Hasta hace tres años se permitia tambien la entrada á las señoras, y no eran pocas las que concurrian diariamente á arruinarse en cálculos y combinaciones arriesgadas. Los agentes de cambio que son en París en número de 60 y tienen el privilegio esclusivo de la negociacion de los fondos, se colocan detrás de la balaustrada circular llamada *el estrado*, y desde allí dirigen sus ofertas y demandas con gran espedicion y valentía.

En tanto los curiosos se reunen en grupos á hablar de noticias, y los extranjeros se buscan alrededor de las columnas sobre las cuales se halla inscripto el nombre de su capital.

A las cuatro y media comienza lo que se llama la Bolsa de mercaduría. Los comerciantes propiamente dichos llegan en este momento á ocupar el sitio que poco antes tenian los especuladores en fondos públicos. Este ya es un mundo nuevo; otras costumbres, otras relaciones, y en el espacio de media hora puede decirse que ha variado del todo el aspecto de aquel teatro. Entre los que salen y los que entran no existe la mas mínima relacion y ni aun apenas se les vé saludarse. En esta Bolsa de comercio positivo se efectuan operaciones considerables; los géneros coloniales, lanas, aceite, jabon, aguardiente y todas las materias primeras que pasan de los grandes depósitos ó almacenes á las tiendas ó manufacturas, quedan allí contratados en grande y con el auxilio de muestras.

A las cinco en punto suena de nuevo la campana para avisar á la concurrencia que ha llegado la hora de dispersarse. Las puertas se cierran, y el templo de Mercurio vuelve á recobrar su silencio.

HIGIENE Y SALUD PUBLICA.

REGIMEN QUE DEBEN OBSERVAR LAS MUGERES EMBARAZADAS.

Una muger en cinta, en la primera época de su embarazo, á fin de evitar funestos accidentes debe aflojarse el corsé y no apretar ninguno de sus vestidos. Debe conservarse en un estado constante de limpieza por el uso de los baños de agua tibia, bastándola con uno en cada mes. Seguirá un régimen pacífico y nutritivo, y continuará sus ocupaciones habituales, cuidando siempre de no fatigarse demasiado, como asimismo de no acalorarse por un estado sedentario muy prolongado. Inmediata ya la época del parto debe aumentar de dia en dia sus precauciones: y llegado aquel momento si no tiene facultativo que la prescriba el régimen que debe seguir, guardará cama durante algunos dias arreglándose á su estado y constitucion; observará una dieta rigurosa, y su única bebida será un cocimiento de flor de tila, hasta el quinto dia en que por lo regular cesa la calentura de la leche: sobre todo reusará obstinadamente el vino y los licores que las comadres están prontas á propinar á las recien paridas; pero si cría podrá ser menos severa en cuanto al alimento, y tomar al tercero ó cuarto dia una ligera sopa. Mientras permanezca en cama cuidará de no cubrirse con mas ropa que la necesaria para que no penetre el frio; podrá si quiere sujetarse levemente el vientre con una tohalla; y decimos levemente, porque es una costumbre funesta la de apretarle en este caso. Deben asimismo guardarse de aplicar sobre los pechos ninguna materia crasa, ninguno de aquellos decantados tópicos á que atribuyen la propiedad de hacer retirar la leche. Estos medios son tan inútiles y mucho mas dañosos que los collares de corcho con que adornan el cuello de las gatas. Es preciso, en fin separar del lado de las recien paridas toda clase de olores, renovar de vez en cuando el aire de la habitacion, conservar en ella el mayor aseo, y no permitir que se importune á aquella con las conversaciones ridículas y fastidiosas de las vecinas ó de las amigas.

METODO PARA CUIDAR LOS NIÑOS.

Los órganos del estómago, del vientre y de la cabeza, son en los niños mas activos que todos los demas, y por consiguiente pueden con mas facilidad desarreglarse; y en la infancia es tambien cuando se desarrollan mayor número de enfermedades inflamatorias en estos órganos. El niño solo tiene por decirlo así una funcion que egercer, una tarea que desempeñar: su acrecentamiento físico. La necesidad continua de alimento que este trabajo exige esplica las indigestiones y demas enfermedades orgánicas del estómago y del vientre. Otro trabajo, que es el impulso, esplica las que toman asiento en la cabeza, como las flusiones, las fiebres cerebrales etc. Los padres considerando estas disposiciones predominantes solo deben darles un alimento capaz de combatir ó neutralizar la perniciosa influencia que aquellas traen consigo, y sobre todo multiplicar las precauciones propias á sustraer el cerebro de estos pequeños seres, á todas las causas generales de escitacion y tristeza.

A pocas horas de nacer el niño debe ponerse al pecho de la madre, tenga ó no intencion de criarle por sí misma. Es un absurdo el esperar, como suele decirse, el que la calentura se declare. La primera leche es serosa y levemente laxante; purga al niño sin excitar sus órganos: los purgantes que solian usarse, y que aun en el dia recomiendan varias personas, nunca han llegado á reemplazar de un modo ventajoso á la primera leche de las madres. Estas cuidarán con especialidad de poner sus niños al pecho varias veces durante el dia; procurando no acostumbrarles á mamar en las horas de la noche: el resultado infalible de los desvelos es molestar á la nodriza, y acalorar la leche. Durante las primeras semanas se dará al niño en seguida que haya mamado un poco de agua tibia con azucar, á fin de facilitar la digestion de la leche.

Nada hay mas nocivo para los niños, nada les atormenta tanto como la costumbre de fajarlos; las reflexiones que con tal motivo hacen los sábios Buffon y Rousseau tal vez conseguirán para con nuestros lectores, mas que cuanto nosotros pudiéramos observar, dicen pues:

«Apenas el niño sale del seno materno, apenas obtiene la libertad de moverse y estender sus miembros, cuando ya le sujetan con nuevas ligaduras. Le fajan; le colocan con la cabeza recta y las piernas estendidas; le rodean de paños y vendajes que no le permiten cambiar de postura, y gracias si no le estrechan hasta el estremo de impedirle la respiracion; ó si tienen la precaucion de acostarse de lado para facilitar la espectoracion.»

«El recien nacido necesita estenderse y mover sus miembros para sacarles del adormecimiento en que, reunidos en un peloton, han permanecido tanto tiempo. Les estienden, es cierto, pero les impiden moverse, [illegible]ce que temen que dé muestras de vitalidad. El niño entonces hace para moverse continuos é inútiles esfuerzos que agotan sus fuerzas ó retrasan sus progresos: menos estrecho, menos sujeto, menos comprimido se hallaba en el vientre de su madre que lo está en sus envolturas ¿qué ha adelantado con nacer?»

»La inaccion, la opresion en que se conservan los miembros de una criatura solo consiguen entorpecer la circulacion de la sangre, de los humores; impedir que el niño crezca y adquiera fuerzas. En los sitios en que no estan en uso estas estravagantes precauciones, los hombres son altos, forzudos y bien proporcionados; al paso que los paises donde acostumbran envolver los niños hormiguean en jorobados, cojos, patizambos, gafos, ratiquiticos y contrahechos de todas clases. Temiendo que las criaturas adquieran deformidades por la libertad de sus movimientos se apresuran á hacérselas adquirir metiéndolos en prensa; y queriendo impedir que se estropeen contribuyen á que se queden baldados.«

El uso prematuro de los andadores, y demas auxilios artificiales para adelantar el que los niños anden, tienen asimismo graves inconvenientes; se entorpece su respiracion, se hace adquirir á los hombros una elevacion desproporcionoda, se estiran y a veces se dislocan sus tiernos miembros, y sus piernas demasiado blandas para soportar el peso del cuerpo llegan á encorbarse. Mejor es dejarles ensayarse por sí mismos sobre una alfombra ó sobre la yerba.

Cumplido el primer año ya se puede tratar de destetarle; à pesar que en cuanto á esto no hay regla fija à que atenerse. Cuando la madre trate de quitarle del pecho, por su propio interés y por el de su hijo debe cuidar de no hacerlo precipitadamente; y al efecto consultará à aquel instinto maternal que rara vez suele engañar; aumentarà diariamente la cantidad de los demas alimentos, y estudiarà el efecto que causan en los órganos digestivos de la criatura; estos órganos se acostumbrarán gradualmente al cambio de alimento, y asi tambien la secrecion de la leche siendo menos escitada, disminuirá poco á poco. Funestas consecuencias suele ocasionar la costumbre de destetarlos de repente; indigestiones, vómitos, despeños, son los mas contínuos resultados.

La época de la denticion es una época crítica para los niños: entonces por lo regular es cuando se manifiestan en los sugetos à un temperamento linfático los primeros síntomas de deformidad de miembros ó de talla, dificiles de curar cuando su desarrollo llega à cierto grado; pero que á fuerza de cuidados y à beneficio de un regimen bien aplicado pueden ser destruidos en su orígen. Apelaremos respecto ó esto à las discretas y curiosas observaciones que un hábil médico de Paris Mr. Vicente Duval ha publicado últimamente en su obra *Sobre las principales deformidades del cuerpo humano*. Su posicion como médico de los hospitales de Paris encargado de la curacion de las deformidades presta una grave autoridad á sus palabras, y el acierto de estas observaciones le garantizan doce años de práctica esclusiva.

La mayor parte de niños de constitucion linfática presentan el aspecto designado bajo el nombre de escrofulosos: el labio superior le tienen grueso, las alas de la nariz y las orejas inflamadas, encarnadas y relucientes, y suelen tener infartos en el cuello; por lo regular han nacido en sitios bajos y pantanosos, ó en calles estrechas y tortuosas, y cuyas casas tienen mucha elevacion. Alli solo han respirado un aire húmedo, grueso y mal sano. Las desgraciadas criaturas que crecen en semejante atmósfera tienen poco desarrollados los pulmones, los músculos flacos y sin energia: sus alimentos han sido regularmente malos y nada provechosos porque los padres son pobres; su sangre se recarga de linfa, y sus carnes son blandas y flojas. Esta reunion de circunstancias produce y caracteriza la constitucion linfática. Algunos niños la traen consigo al mundo; pero la mayor parte la adquieren por las causas indicadas ó por dilatadas enfermedades como las inflamaciones en el estómago y bajo vientre que aparecen generalmente á la época de salir los dientes. La denticion, sobre todo en los hijos del pobre, suele ocasionar grandes desórdenes en la salud: los malos alimentos, la irregularidad de las comidas, la insalubridad del aire que respiran, y de los sitios que habitan producen estos efectos; tambien contribuyen à ello el darlos por nodrizas mujeres poco sanas, enfermas, embarazadas ó de mucha edad; tras de esto vienen el sarampion, la escarlatina, las lombrices, seguidas de irritaciones, pulmonías y optalmias, los romadizos y multitud de otras afecciones que contribuyen á formar la constitucion de los niños enteramente linfatica. Un rapido acrecentamiento que en el corto espacio de un mes aumenta à su estatura cuatro, cinco, y aun seis pulgadas agrava de contínuo el mal: en estos acrecentamientos extraordinarios los huesos se desarrollan en longitud y grueso; pero los músculos que no pueden crecer en proporcion se adelgazan y pierden la energía.

Las actitudes viciosas que contraen los niños en la escuela contribuyen no poco al desarrollo de las deformidades: una estrecha fajadura, una cama demasiado blanda, deben tambien colocarse en el número de las causas anteriores.

La tendencia de un niño á deformarse, casi siempre se anuncia por muestras particulares tales como la inflamacion y entorpecimiento de las articulaciones. Los enfermos esperimentan con especialidad vivos dolores en toda la estencion de los huesos largos, pero principalmente hacia el estremo que empieza à contraerse. Estos dolores se manifiestan algunos meses antes que la deformidad se haga visible, y tal es su violencia, que no se sabe por donde llegar á las criaturas; esto es en cuanto á las deformidades de los miembros. En cuanto à las del cuerpo, se anuncian igualmente por dolores y desazon en la estension de la espina dorsal; los niños no pueden estar de pie, andar, ó estar sentados sin tomar actitudes viciosas; se entristecen y padecen constipados ó diarreas; su vientre aparece grueso y caluroso; sus puños, sus rodillas, y las demas articulaciones, se hinchan sensiblemente. Los padres entonces deben desde luego ocuparse seriamente en hacer desaparecer la diarrea, los males de estómago ó de pecho, y todas las demas afecciones que han servido de causa y de preludio à tan alarmente estado. El metodo curativo de las enfermedades de que hemos hablado es muy sencillo: un alimento suave, y en corta cantidad, bebidas refrigerantes, algunos baños, y aplicaciones de sanguijuelas, bastan para conseguir su estincion, pero no para cortar los síntomas de la deformidad: es necesario ademas hacer bañar las criaturas en aguas muy saladas, frias en el verano, càlidas en el invierno; estos baños consisten en cuatro ó seis libras de sal comun para un baño regular; es preciso frotarlos todo el cuerpo con franela seca ó rociada de un bálsamo corroborante, esponerlos à un aire libre y seco, y al sol cuando sea posible, bien sea de pie, ó bien acostados en una cama bastante dura, compuesta de un gergon de helecho ó inclinado de la cabeza à los pies como una cama de campaña sin almoada; y en fin obligarlos à pasear sostenidos con muletas, y hacer cuantos ejercicios gimnàsticos se pueda. Tres baños salados por semana, fricciones diarias, el uso del gergon de helecho ó de serpollo dia y noche, y un régimen prudente; no bebiendo otra agua que el cocimiento de lupulo, conducirán seguramente á los mejores resultados.

COSTUMBRES.

UNA VISITA A SAN BERNARDINO.

El puro sentimiento de la beneficencia es tan natural à la especie humana, y se halla ademas tan fortalecido por los preceptos de todas ó casi todas las religiones, que el ejercicio de aquella virtud sublime ha venido à ser una ley social para todos los pueblos civilizados.

Sàbias disposiciones han sido adoptadas en muchos estados con el objeto de reducir à práctica aquel sentimiento religioso, procurando conciliar en ellas á par que el interés del indigente beneficiado, el que reclama la sociedad bienhechora; se ha querido pues que este devuel-

va á aquella los réditos del beneficio, libertándola de su importuna solicitud, moderando sus costumbres, y trabajando en adquirirse medios honrados de subsistir. El antiguo sistema de *hacer bien sin mirar á quien*, es mas generoso que político; las sociedades modernas han considerado justamente que los dones indiscretos hacen florecer la mendicidad, que la holganza ningun derecho tiene á ser mantenida por el trabajo ajeno, y que todo el que reclame el auxilio de sus semejantes, es preciso que sea á cambio proporcional del que les preste con el suyo. Tales principios presiden hoy los establecimientos públicos de beneficencia en los paises civilizados, y la esperiencia demuestra la solidez del raciocinio que les dirijió.

Menguada por cierto era la idea que de la civilizacion de nuestra capital podríamos dar á un extranjero cuando sus calles cubiertas de andrajosos y clamorcantes mendigos, daban un testimonio positivo de la inmensa distancia que nos separaba de los pueblos adelantados en la ciencia administrativa y en la educacion popular. En vano los hombres instruidos y amantes de este pueblo habian clamado de tiempo inmemorial por el remedio de tan escandaloso mal; en vano viageros celosos de vuelta à su pais presentaron por resultado de sus observaciones, el cuadro animado de los establecimientos benéficos en las ciudades estranjeras; en vano la religion y la filantropia de algunos magnates y personas acaudaladas habian dispuesto en favor de la pública indigencia sumas considerables y creado establecimientos parciales para este objeto; en vano, en fin el sarcasmo y envenenada hiel de plumas extranjeras, realzando atrevidamente el negro colorido de aquel repugnante cuadro, picaban en la parte mas sensible el honor nacional, designándonos como avezados á la estupidez y la miseria.

Todos aquellos esfuerzos, todos estos lamentables resultados eran inútiles ante la incuria y el abandono que partiendo de las leyes se reflejaba tan visiblemente en nuestras costumbres; y la capital del reino, el pueblo que por sus medios y circunstancias debia dar la señal de los adelantamientos sociales, era por decirlo asi, el ejemplo mas práctico de aquella incuria, de aquel abandono.

Una gran calamidad suele à veces ser causa de un progreso, porque los hombres en los momentos críticos de la desgracia vuelven los ojos del lado de la virtud y de los sólidos principios con mas entusiasmo y fervor que cuando se hallan lisonjeados por la fortuna. La destructora guerra con la Gran Bretaña en 1799, y la indigencia á que dió lugar con la paralizacion del comercio y de la industria, fue ocasion en la populosa Barcelona à un establecimiento filantrópico que por su importancia y régimen, puede competir con los mas celebrados en el extranjero; tal es la *casa de Caridad* que tiene por objeto recojer, no solo á los mendigos de aquella ciudad, sino á los de todo el principado, proporcionando educacion á los jóvenes, ocupacion à los adultos, y la posible comodidad à los ancianos é impedidos. Un desastre semejante produjo en Madrid un resultado análogo, pudiendo asegurarse que à pesar de todos los planes y proyectos concebidos, nunca hubiera llegado à plantearse el *Asilo de mendicidad de S. Bernardino* sin el desarrollo del funesto *cólera morbo* en nuestra capital.

La real órden de su creacion lleva la fecha de 5 de agosto de 1834, en aquellos críticos momentos en que atribulada la capital por el terrible azote con que el cielo quisiera probarla, se hallaba mas que nunca dispuesta à ejercer la beneficencia con sus semejantes; y en que las consecuencias palpables de la miseria y de la relajacion de las costumbres, hicieron parar la atencion del gobierno sobre la imperiosa necesidad de mejorarlas.

Reuniéronse por fortuna para dar cumplimiento á sus intenciones cuantas circunstancias ventajosas pudieran apetecerse. Un vecindario sensato y filantrópico: una junta de caridad celosa y distinguida: una autoridad local, en fin, ilustrada, enérgica y ante cuya firme decision y voluntad desaparecian como por encanto los obstáculos que hasta entonces se creyeron insuperables; y lo que acaso no tiene ejemplo en nuestra España, á poco mas de un mes de dada la órden, empezó á recibir su cumplimiento. El 18 de setiembre de aquel año fue el dia en que entraron los mendigos en el nuevo establecimiento.

Yo no le habia visitado desde aquella primera época y no sabia de su estado actual mas que las ligeras indicaciones que de tiempo en tiempo han publicado los periódicos. Por desgracia la situacion de aquel edificio (si bien ventajosa bajo otro aspecto), es tan fuera del cuotidiano itinerario matritense, que solo una intencion decidida puede aproximar à él. Esta intencion es la que yo formé el viernes último, y aun hice mas, pues la llevé à cabo.

Ya habia salvado el espacio que media entre el portillo de S. Bernardino y la cuesta de harineros, y seguia lentamente la tàpia de la estéril montaña del Príncipe Pio sin que persona alguna viniese à interrumpir la soledad del sitio y el monotono espectáculo que me presentaba. Sin embargo, no tardé en sentir pasos á mi espalda, y volviendo à contemplar quien era el impulsado por la misma intencion que à mí me dirigia, observé que su traje y atavíos me revelaban uno de los acogidos al establecimiento que yo iba à visitar. Paréceme que le estoy viendo todavia con su blusa azul, su sombrero encerado en que campeaba el número 710, su soga encendida en la mano (recurso de fumadores callejeros), y su cepillo al cinto para recoger las limosnas ó gratificaciones por aquel servicio

Su aspecto era mesurado y tranquilo; su semblante espresivo y alegre, y su voz ya cansada por el transcurso de diez lustros, dejaba escapar por lo bajo una de las canciones favoritas de la guerra de la independencia

«Dupont terror del Norte
fue vencido en Bailen.»

Al ir à pasar delante de mí, se quitó su sombrero con cortesia y dignidad, y yo deseoso de entablar conversacion durante el camino, pedile candela que me ofreció con voluntad y prontitud.

A muy pocas palabras que habíamos hablado, eché de ver que las habia con uno de los decanos del establecimiento, que por su honradez é intelijencia se hallaba en el goce de la confianza de los gefes, que sabia todas las interioridades de la casa, y era en ella una rueda indispensable y laboriosa. Dejo pensar al pio lector la conveniencia de semejante hallazgo para quien como yo no llevaba al *Asilo* mas objeto que el enterarse de todos sus pormenores.

El diàlogo que en su consecuencia entablamos, figuraría oportunamente en este lugar si su demasiada proligidad lo permitiese. Quisiera sin embargo poner en conocimiento de mis lectores lo mas sustancial de él, para que formasen la idea que yo concebí del establecimiento, razon por la que me veo obligado á estampar aqui las mas notables de sus indicaciones, que la memoria ha logrado conservar. Despues de contarme por menor la historia de la creacion del Asilo y las inmensas dificultades que hubo que vencer, vino à hablarme de su régimen interior, produciéndose poco mas ó menos en estos términos:

—El establecimiento admite todas las personas que se presentan voluntariamente, y recoge todos los mendigos à quienes se encuentra pidiendo limosna por las calles, teniendo derecho á permanecer en él aquellas que llevan siete años de residencia en Madrid, y los niños de seis años de edad. Si no tuviesen estas circunstancias se les considera como forasteros, y despues de socorridos se les entrega el pasaporte para los pueblos de su naturaleza.

Una vez entrado el mendigo y anotado en los registros de la casa, es destinado á una de las brigadas segun su sexo y condicion, recibe el vestido y número correspondiente.

Las brigadas se subdividen en escuadras de diez á quince personas, procurando que sean las de un mismo oficio ó de ocupaciones análogas. Los gefes cabos de brigada, son escogidos entre los individuos que tienen mejor conducta.

Cada individuo recibe á su entrada una *libreta* ó asiento en que se anota los vestidos y prendas que lleva al establecimiento, y los ahorros que produzca con su jornal, asi como los descuentos que se le hagan por sus faltas.

Las horas de levantarse son las cuatro y media en verano y las seis y media en invierno, y una hora despues se entra al trabajo hasta las doce, y luego por la tarde hasta el anochecer, recogiéndose despues. Los dias festivos se emplean en la enseñanza de la religion, en revista de las ropas, en paseos y lectura.

Los niños y niñas asisten á la escuela del establecimiento. Ademas se les dedica de aprendices en los talleres.

Los mendigos hàbiles asisten á los talleres establecidos en la casa segun su inclinacion ú oficio anterior, ganando en ellos ademas de la manutencion un pequeño jornal, que una parte se les entrega cada semana, y la otra parte se les abona en *libreta* para cuando salgan del Asilo. Lo mismo sucede cuando salen à trabajar ó servir fuera de el establecimiento. En el dia hay operarios que tienen en depósito de 300 á 700 rs.

Los pobres ademas de este trabajo, prestan todo el servicio interior de la casa como el de cuarteleros, porteros, cocineros, barberos, labanderas, barrenderos y hortelanos.

El servicio esterior consiste en conducir los enfermos al hospital, dar lumbre para fumar en calles y paseos, cuidar las sillas de las iglesias, asistir à los funerales á que sean invitados, y cualquiera otro servicio que se les reclame fuera del establecimiento.

Las penas por faltas son, pribacion de todo ó parte del jornal ó de una parte del alimento, recargo de trabajo, é imposicion de multas y encierros.

Las recompensas son, mencion honorífica en la lista general, permiso de salida, destino al servicio menos penoso, ascenso á gefe de brigada y alguna recompensa pecuniaria.

El trage de la casa consiste en chaqueta y pantalon de paño pardo con botones blancos con el nombre del establecimiento; dos pantalones de lienzo, tres camisas id., un sombrero encerado, una gorra para dentro de casa, un par de zapatos, dos pañuelos, una blusa azul y un cinturon. Las mujeres un jubon y saya de estameña con escudo del establecimiento al brazo, dos sayas bajeras, tres camisas, un apretador, dos pares de medias, dos pañuelos del cuello, dos de cabeza y dos de bolsillo, dos delantales, un par de zapatos, dos paños. Las camas de la casa constan de un tablado, un gergon, una almohada, una funda, un par de sàbanas y una manta.

El alimento consiste en lo siguiente. *Almuerzo*: Un cuarteron de pan en sopa condimentada con aceite, sal, ajos y pimiento. *Comida*: Un potage de menestras y patatas, condimentado con cabezas de carnero ó grasas de animales, y aceite en dias de vigilia, y media libra de pan. *Cena*: Un potage de menestras y patatas, y un cuarteron de pan. Todo esto suele alterarse en ocasiones estraordinarias.

El número de pobres acogidos hoy en la casa, es de 744 personas, á saber; 193 hombres, 179 mujeres, 279 niños, y 96 niñas, y fuera 103 personas en el hospital, 250 sirviendo en Madrid, y 12 aprendices con varios maestros de oficio. Los talleres corrientes son carpintería, ebanistería, pintura, zapatería, sastrería, carretería, fragua, costura, espartería y albañilería, ademas de los trabajos de la casa ya indicados.

Tales fueron en resumen las oportunas esplicaciones del viejo *Tomás* (que asi se llamaba mi interlocutor), y con ellas entretuvimos curiosamente el tiempo hasta llegar à la puerta del establecimiento, donde conocida mi idea por los caballeros encargados de su direccion, tuvieron la bondad de acompañarme en mi visita, satisfaciendo en todas sus partes mi exigente curiosidad.

Desde luego hubieron de llamar mi atencion los notables aumentos y mejoras del edificio que han logrado disimular en gran parte su pequeñez y deformidad. El nuevo patio de entrada y las habitaciones de ambos lados, están dispuestos con inteligencia y sencillez. Los dos hermosos comedores que se encuentran á la derecha son notables por su espaciosidad, escelentes luces y la feliz idea de la cocina circular que les divide, dispuesta con un mecanismo ingenioso. Las oficinas de la izquierda, portería, almacenes, talleres, botica, barbería, son todas cómodas, aseadas y sencillas. Entrando en lo principal de la casa convento, se observa en ella la oportunidad de la distribucion á pesar de la poca analogía del edificio con su actual objeto, siendo de notar la espaciosidad y aseo de los dormitorios, la limpieza de los tránsitos, la abundancia de aguas repartidas por toda la casa, y sobre todo un principio general de economía é inteligencia poco comun en nuestros establecimientos públicos, donde suele pasarse desde la miseria mas completa à un fausto y primor exagerados.

El establecimiento de S. Bernardino à pesar de su inmensa utilidad é importancia, no contó para su creacion con aquellos cuantiosos recursos que otras casas de beneficencia. Sin embargo no solo se creó y sostuvo hasta el

dia el gasto corriente, si no que ha emprendido obras indispensables, cuyo coste pasa ya en el dia de 400,000 rs. Compárese este resultado con el que ofrecen en esta misma capital otros institutos benéficos que á pesar de disfrutar cuantiosas rentas, permanecen estacionarios sin progresar en lo mas mínimo; y en los mas de ellos sin cumplir siquiera con el objeto de sus fundadores y donatarios.

Feliz fue por extremo la idea de apelar á la caridad individual del vecindario de Madrid, y mas feliz aun la de reducir esta caridad à la moderada cuota personal de una *peseta* al mes. Semejante regla, limitando los efímeros impulsos del orgullo, alienta y asegura los mas sólidos de la verdadera caridad.

Sin embargo, y á pesar de haber correspondido el resultado, el producto solo de la suscricion no basta para las necesidades de aquel vasto establecimiento, como puede demostrarse numéricamente. El máximun que la suscricion llegó à alcanzar fue 37,000 rs. al mes; pero en el dia en razon de las escaseces generales, atrasos de pagas etc., solo se puede calcular en 29,000. Cuenta ademas el establecimiento por ingresos eventuales con unos 4,000 rs. mensuales por producto de limosnas, candela, sillas, y venta de efectos fabricados en el mismo, lo cual ofrece un total de 33,000 rs. poco mas ó menos. La manutencion solo de los acogidos, ascendió en el mes de junio último à 34,766 rs.: ademas hay que atender à los demas gastos, pagos de sueldos, obras y compra de materiales, siendo por lo tanto considerable el déficit que tiene que cubrirse por medio de préstamos.

La economía sin embargo no puede llevarse mas adelante, segun se vé por el dicho gasto del mes de junio, pues habiendo habido en él, por término medio 750 personas diarias, arroja un resultado de *un real y 18 maravedises por persona*, gasto sobradamente económico, atendido á que el establecimienco no disfruta ninguna franquicia, y hasta los derechos de puertas abona mensualmente á la intendencia de la provincia.

Vese por lo tanto la situacion precaria de un establecimiento tan importante, al paso que su utilidad le hace ya tan indispensable, que si desapareciera seria una calamidad para la capital. Ademas y en tanto que sus productos han rebajado, han aumentado notablemente sus necesidades por las escaseces del dia, el crédito de la casa, y la supresion de los socorros que dispensaban las comunidades estinguidas; de esta manera ha crecido considerablemente el número de los acogidos, tanto que en el año pasado por igual época no se contaba mas que con 530 personas, y en el actual ya queda dicho que llega á 744.

El pueblo de Madrid ha hecho por su parte cuanto tenia derecho á exigirle un establecimiento semejante. Este sin embargo necesita mayor proteccion, y debe recibirla del gobierno, que considerando su importancia en las costumbres y la riqueza pública, debe tratar de aplicarle los fondos suficientes refundiendo en él las rentas de otros institutos análogos en esta capital.

Muchas observaciones morales me ocurrieron durante mi larga visita é inspeccion de aquella casa El silencio y compostura de los acogidos, su buen humor y aspecto saludable convencen al espectador de que el trabajo es solo capaz de infundir en el hombre aquella tranquilidad y bienestar tan análogo à la especie civilizada. El aseo y limpieza de las habitaciones, la cortesía de los encargados desde el administrador en gefe hasta el último dependiente, la belleza de los productos artísticos elavorados en el establecimiento, la inteligencia y armonia en todas sus partes me llenaron de placer y de entusiasmo.

A varios de los pobres diriji la palabra, y todos me convencieron de la importancia y moralidad de la institucion. Por boca del buen *Tomás*, que no se apartó un punto de mi lado, supe la historia de varios de ellos, historia de desgracias y debilidades. El me hizo observar el obstàculo progresivo que la edad y el hábito arraigado oponian á la reforma de las costumbres En general, los niños presentaban como es consiguiente mayor facilidad que los adultos, los hombres mayor que las mujeres, y los que en la sociedad ejercieron algun oficio, mas que los que siempre se ocuparon en la vagancia y pordioseo. Entre los mismos oficios habia una notable diferencia; por ejemplo, observé que los sastres y carpinteros eran pocos en número y ya viejos, y muchos mas y mas jóvenes los albañiles y zapateros. Esto me inclinó en favor de los primeros, como que solo recurren al estado de mendicidad cuando las fuerzas físicas llegan á abandonarles.

Mi conductor Tomás entre tanto me habia hecho saber su vida, llena de desgracias no merecidas. Habia sido soldado diez años, y tenia su cuerpo lleno de honrosas cicatrices. La injusticia de los gobiernos le habia abandonado despues cuando ya no era apto para aprender un oficio. Tuvo varios amos que todos se portaron con él harto mal; y de una en otra desdicha vino á tener que pedir su auxilio à este establecimiento donde su honrada conducta le hacia ofrecer un modelo á sus compañeros, atrayéndole cargos honoríficos y premios que le aseguraban en la caja de ahorros un resultado de 600 rs.

Varias veces su narracion me hizo asomar las lágrimas, y otras tantas las suyas me dieron bien á conocer la lealtad de su corazon.

La desgracia vino sin embargo en aquel momento à turbar la felicidad de Tomás. Al bajar las escaleras vimos conducir al calabozo à un méndigo de siniestro aspecto cogido en una taberna de esta poblacion. Largo tiempo habia burlado la vigilancia de los encargados de recogerle, y otro tanto à favor de sus estafas era el azote de los vecinos honrados y el apoyo de los malhechores del pueblo.

Su vida era un tejido de crímenes; desertor de casa de sus padres, desertor de su regimiento, insubordinado y vagamundo, unas veces abiertamente bandolero, otras ratero petardista, holgazan y borracho, este hombre dejaba ver en su aspecto toda la deformidad del vicio, todo el temor del trabajo y del castigo. Tomás sin embargo corrió á abrazarle á pesar de que él le repulsaba; «Ya estas aqui, Dios sea bendito;» esclamó. — Este hombre tan opuesto en ideas y en antecedentes era su hermano. La desgracia y el vicio suelen encontrarse en el mismo sitio aunque partidas de diverso punto. La desgracia sin embargo halla descanso en el trabajo y la tranquilidad de la conciencia: el vicio encuentra en ambos un suplicio prolongado.

Despues de abandonar aquel triste espectáculo, Tomás y yo nos dirigimos à la huerta, y encaminándome aquel por entre sus estrechas sendas dimos vista à un templete formado de ramages, y con una sencilla portada compuesta de adornos rústicos de las artes y oficios. Delante de esta portada se paró mi conductor, y quitándose respetuosamente el sombrero me señaló à un busto que se alzaba en el interior del templete diciéndome entusiasmado: «Mirad ahi el protector de los infelices.» Este dictado que le dió el honrado Tomás, me recordó la idea del ilustre promovedor del establecimiento (1), si antes no lo hubiera adivinado por la sencilla inscripcion que se leia al pie de su busto «*Gratitud y aprecio.*»

Antes de despedirme de aquella mansion me presentaron un *Album* donde todos los visitantes solian escribir sus observaciones; recorriendo estas encontré algunas muy dignas de atencion y firmadas por las personas mas respetables de Madrid. Por último tropecé con una, consignada por mi amigo Don M. R. de T. que por su elegante frase y sublime sentido escitó de tal modo mi simpatia que la tomé en la memoria para repetirla al final de este articulo. Decia asi: «No envidio á los que ven con indiferencia »las desgracias agenas contentos con su propia felicidad; y »agradezco al cielo el haberme dado un corazon que se »identifica con las dolencias de mis semejantes, y si no »puede remediarlas, al menos las llora; ¡Feliz el que pue»de y sabe no hacer estériles sus lágrimas como el digno »protector de este establecimiento. Su nombre será mas »grato á los hombres sensibles que el de los guerreros y el «de los sábios!

El Curioso parlante.

LA ISLA DE SANTA ELENA.

En medio del Océano Atlántico y à quinientas leguas de tierra, unos navegantes portugueses estraviados en aquellos inmensos mares, descubrieron en la primavera del primer año del siglo XVI una roca estéril en la que ningun ser humano habia hasta entonces habitado; y aun parecia que jamás criatura viviente habia hecho mansion en ella: tan completa era la soledad de aquel lugar desde que saliera del abismo de los mares, ó tal vez desde el principio del mundo. Aquellos intrépidos marinos, los primeros que pisaron aquellas asperezas, no hallaron ni vegetacion, ni animales, ni aun rastros de que jamàs los hubiese habido Estableciéronse en ella sin embargo, y al año siguiente condujeron cuadrúpedos, aves y árboles frutales. A los portugueses que no tardaron en disgustarse de tan estéril é inútil conquista, sucedieron los holandeses, que fastidiados á su vez abandonaron igualmente aquella roca. En 1651 se apoderó de ella la Inglaterra, quien desde entonces la conserva, haciendo en ella su estacion los barcos que anualmente se dirijen à la India. Es como una fonda establecida en aquel inmenso camino que sirve de comunicacion á los dos polos; y efectivamente es el único partido que de ella podria sacarse; asi es que esta nacion se ha limitado á poner la roca á cubierto de un golpe de mano, y á construir algunas casas à las orillas de la mar.

La isla, si tal nombre puede darse à tan árido sitio, se compone únicamente de una masa de rocas; tiene cuatro leguas de longitud por tres de ancho, y únicamente representa once leguas de circunferencia; es decir, que no ocupa mas espacio sobre la superficie de los mares, que la ciudad de Paris y sus arrabales en la tierra. Por cualquier lado que se la mire, solo presenta escarpadas rocas de 600 á 1,200 pies de elevacion sobre las olas que se estrellan con furor, y únicamente por cuatro lados diferentes es por donde otros tantos intérvalos que pudieran llamarse inmensas hendiduras la hacen accesible. En medio de aquellas asperezas se ven algunos vallados, y la cima presenta una superficie plana de cerca de mil fanegas de tierra, y cuyo terreno es bastante propio para el cultivo; mas abajo se divisa otra llanura mucho mas pequeña, pues apenas podrá contener de ciento á ciento cincuenta fanegas, y cuyo saturado suelo únicamente puede producir plantas marinas. Pero las ratas importadas en las naves europeas se han multiplicado de tal modo en aquella isla, que destruyen los sembrados haciendo difícil el cultivo y problemàtica la recoleccion.

La poblacion está reducida á algunos comerciantes ingleses que especulan sobre las necesidades de las embarcaciones que transitan, y toda la isla, inclusa la guarnicion y los esclavos, apenas puede ofrecer un total de cuatro mil habitantes. El clima tampoco favorece en nada el aumento de la poblacion, porque los vientos tan frecuentes en aquella parte del globo, conservan la temperatura en una continua alternativa de calor y humedad.

Alli fue sin embargo, sobre la cima de aquella Isla arrojada en medio de los mares, donde durante seis años se vió un hombre de frente serena, vista penetrante, espresiva sonrisa, resignado á consumirse en aquel lugar de destierro debilitándose de dia en dia, y sin que le oyesen prorumpir en quejas ni suspiros. Solo se veia en cada madrugada lanzar una ojeada rápida sobre el inmenso Océano; nunca saludaba la aurora, pero volvia su rostro hàcia aquel punto del cielo.... una nave que hubiese llevado aquel rumbo se dirijia sin duda à las costas de la Francia....! Aquel hombre, proscripto por las naciones, y condenado à morir en Santa Elena, vió estinguirse en prolongado tormento una vida tantas veces respetada por las balas enemigas; su nombre no es necesario pronunciarle, pues apenas habrà un niño en toda Europa que no pudiera adivinarle ya.

A Santa Elena fue donde despues de la funesta batalla de Waterloo condujeron los ingleses á aquel que se fiara á su lealtad, que habia escrito al príncipe regente de Inglaterra que le miraba como el mas generoso de sus enemigos. Confinado sobre aquella roca tan pequeña que pudiera dar la vuelta en algunos cuartos de hora, separado del resto del universo, pero rodeado aun de algunos fieles súbditos que no quisieron abandonarle, *el hombre del siglo* no pudo permanecer en la inaccion. Acordàbase que al despedirse en Fontainebleau de los restos de sus antiguas falanjes les digera: «*Yo escribiré las grandes hazañas que hemos hecho juntos*:» y quiso cumplir su palabra. Este era aun un medio de servir á su patria, pues era trabajar para su gloria. Era reinar aun en esta, porque desde aquella roca de destierro podia recompensar ó castigar con el elogio ó con la censura.

Los generales que le rodeaban, y que antes le consagraran sus espadas, fueron sus secretarios. *Napoleon* los reunia á su lado diariamente no para dar bélicas instrucciones ó para dictar los inmortales boletines de sus victorias, sino para conversar de los pasados combates. Paseá-

(1) Don Joaquin Vizcaino, marqués viudo de Fontejos y corregidor de Madrid.

base entonces agitado con los brazos cruzados sobre el pecho, y dictaba en voz clara pero contenida. A su lado el bravo general Gourgand, el fiel Bertrand ó el conde de Montolom recogian con avidez las espresiones que soltaba el emperador. Dos horas duraba este trabajo, y era tan poderoso su interés que ninguno de ellos pensaba en su cansancio.

Asi es como trazó la historia de aquellas prodigiosas campañas de Italia á que fue tan jóven y acostumbró á sus soldados á vencer las veteranas y aguerridas tropas de la confederacion europea. De este modo fue sucesivamente, escribiendo notas preciosas sobre los principales acontecimientos que admirara el mundo en los quince primeros años de este siglo, de sus prodigiosos esfuerzos y de aquella denodada perseverancia. Napoleon no pudo terminar aquel gran monumento que en el mismo lugar de su destierro aspiraba á elevar á la gloria francesa. La muerte llegó á interrumpirle en él.

La insalubridad del clima, la falta de ejercicio, y tambien sin duda la irritacion que le causaban los odiosos *chismes* de un hombre que en vez de representar á la Inglaterra, preferia desempeñar el papel de carcelero; todas estas causas reunidas alteraron la robusta salud que Napoleon debia á la naturaleza: su estómago se desarregló, una fiebre lenta encendia su sangre, el sueño huia de sus párpados; y él mismo no tardó en conocer que su hora se acercaba. Dícese que entonces solo se acordaba de la Francia, de sus viejos soldados, de su hijo que nacido rey debia morir sin reinar; empero no demostró ni el mas mínimo pesar en cuanto á su vida, ni una sola queja de su suerte.

Tan luego como el doctor Antomarchi, llegado de Italia para prodigar á Napaleon los socorros de su arte, le dió á conocer la poca esperanza que quedaba, solo trató de disponer su voluntad postrera. Todo el mundo sabe que lo primero que hizo fue elevar su alma á Dios, porque habia adquirido una firme creencia en la santidad de la religion, aquel que con poderosa mano elevara de nuevo los altares derrivados por la anarquía. Sus primeras palabras y las primeras líneas de su testamento están destinadas á declarar que muere en el seno de la iglesia católica, de la misma que habia ayudado á sostener, de la que le habia dado título de su muy amado hijo. Una vez satisfecho este deber dedica un recuerdo á su hijo; en seguida reparte cuanto poseia entre los fieles súbditos que le rodeaban, y los que habiendo quedado en Francia, pudieran necesitar tan inesperado socorro.

No tardó en presentarse la agonía; fue penosa y prolongada como si aquella alma tan fuerte no pudiese desprenderse de aquel cuerpo tan robusto que tantas fatigas osara despreciar. Por último, el 5 de mayo de 1821 á las 6 de la tarde, espiró el grande hombre pronunciando algunas espresiones de las que solo estas pudieron percibirse: *cabeza.... ejército.* Estas dos palabras han hecho creer á algunos escritores, que Napoleon habia muerto en estado de delirio: nosotros al contrario creemos que su conocimiento jamás le obandonó; y que al exhalar el último suspiro quiso dar á conocer su pesar de no morir á la *cabeza* de su *ejército.*

Su cuerpo descansa en Santa Elena bajo un sauce que le cubre con su sombra, y esta gloriosa reliquia asegura á aquella roca una perpétua celebridad.

ISLA DE SANTA ELENA.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA, 1840.